

los detenían; y si uno de ellos se dejaba caer al suelo, arrojábase sobre él uno de los elefantes domésticos y le sujetaba hasta verle atado.

»El mejor de los elefantes domésticos y el más temido de la manada salvaje era el único que tenía colmillos; pero no hizo uso de ellos como armas ofensivas; empleábalos tan solo para separar dos individuos entre los cuales no podía introducir la cabeza, y también le servían para levantar más fácilmente á los que estaban en el suelo. Muchas veces, cuando sus compañeros no podían dominar á un individuo salvaje, solo su presencia bastaba para atemorizar al animal indómito, venciendo su resistencia.

»Son tan superiores las cualidades de los elefantes, que eclipsan hasta cierto punto el valor y la destreza de los cazadores. Cierto es que estos tienen un rápido golpe de vista para sorprender el menor movimiento de los animales; su habilidad en pasar los lazos es admirable; pero sin el auxilio de los elefantes, no conseguirían su objeto los más diestros y atrevidos.

»De los dos elefantes pequeños, el uno tenía sobre diez meses y el otro algo más: la cabeza del primero era muy maciza y estaba cubierta de pelos lanosos de color pardo; era el animal más alegre y divertido que se pueda imaginar; seguía con su compañero á la manada cada vez que intentaba huir, y al detenerse los viejos, refugiábase entre sus piernas. Cuando fué cogida la madre del más joven, siguióla hasta cerca del árbol: al principio se divertían los cazadores con su cólera; pero al fin acabó por molestarles; no quería permitir que pasaran el segundo lazo á su madre; oprimía la cuerda, tiraba de ella, y arrollábalas en su trompa. Tanto hizo, que fué por último necesario ahuyentarlo; retiróse lentamente gruñendo y volviéndose á cada paso; se acercó luego á la hembra mayor que había en la manada y se introdujo entre sus piernas, mientras que la elefanta le acariciaba con su trompa y parecía hablarle. Así estuvo hasta que hubieron acabado la operación con su madre, y entonces volvió á buscarla; su malignidad iba en aumento; acometía á cuantos encontraba, y se acabó por atarle á uno de sus semejantes. El otro pequeño se condujo lo mismo: ambos eran de carácter muy alegre; y hacían las contorsiones más singulares, pues sus articulaciones tenían aun mucha flexibilidad. Cuando se apaciguó su cólera y su pena, cogían todo cuanto se les echaba de comer y lo devoraban mugiendo siempre.

»El individuo solitario fué uno de los últimos que se cogieron: aunque más feroz que los otros, no tomó parte con ellos en sus tentativas de fuga, pues le rechazaban de su círculo; y cuando se le condujo cerca de uno de sus compañeros de infortunio, lanzóse contra él tratando de atravesarle con sus colmillos. Esta fué la única prueba de malignidad que se observó en él. Una vez domado, agitóse con violencia y chilló mucho; pero bien pronto se echó tranquilamente, señal segura, según dijeron los cazadores, de que se acercaba su fin. En efecto, al cabo de doce horas, durante las cuales no dejó de cubrirse de polvo, mojándolo después con el agua que lanzaba su trompa, quedóse como aplanado y espiró tranquilamente. No se conoció su muerte sino por los enjambres de moscas negras que aparecieron sobre él, cubriéndole casi instantáneamente, aunque algunos minutos antes no se había visto ni una sola. Quitáronse las ligaduras del cadáver y dos elefantes domésticos le sacaron del recinto.

»Cuando todos los elefantes estuvieron atados, oyóse á cierta distancia el toque de una flauta, sonido que impresionó de una manera singular á varios de los cautivos; los animales alargaron sus orejas, en la dirección de donde partían los acordes, y aquella música plañidera les calmó. Únicamente

los individuos jóvenes mugían después de haber perdido su libertad; lanzaban á su alrededor nubes de polvo; levantaban la trompa y atacaban todo cuanto se hallaba á su alcance.

»Al principio rehusaron todo alimento los individuos viejos; pero algunos no pudieron resistir á la tentación que se les presentaba bajo la forma de un árbol de espeso follaje; desprendieron las ramas y las mascaron con gusto.

»Si por una parte nos sorprenden la calma, la inteligencia y prevision de los elefantes domésticos, no podemos menos de admirar, por otra, la prudente conducta de los animales al verse reducidos á esclavitud. Obsérvase en ellos todo lo contrario que dicen los cazadores, quienes los presentan como seres salvajes y vengativos: verdad es que cuando se les atormenta é irrita, se valen de su fuerza é inteligencia para escapar ó defenderse; pero en el corral, todo revelaba en ellos inocencia y timidez. Después de una lucha en que no manifestaron la menor intención de cometer actos violentos y de venganza, abandonáronse á su suerte con su desesperación. Su postura imploraba piedad; su dolor conmovía; sus quejas sordas llegaban al alma, y no se hubiera podido soportar que se les atormentase inútilmente ó se les maltratara.

»Las otras manadas fueron ahuyentadas luego hacía el corral, lo mismo que la primera, y al verlas entrar se inquietaron mucho los cautivos; el segundo rebaño no penetró hasta muy entrado el día, y adelantóse más resueltamente que los otros. Iba conducido por una elefanta de tres metros de alto, y en una tentativa que hizo este animal para huir, no se la pudo detener sino arrojándole una tea encendida á la cabeza. Los recién llegados no fijaron su atención en los prisioneros, sobre cuyo cuerpo pasaban; la hembra que guiaba la manada fué la primera que se cogió, mas al pasar el lazo por uno de sus piés, vióse que tenía más fuerza que *Siribeddi*. Este se echó entonces para cargar con todo su peso sobre la cuerda, mas habiéndose apercebido de ello el elefante doméstico que tenía colmillos, colocóse delante del animal cautivo y le obligó á retroceder paso á paso hasta que se le pudo atar á un árbol.

»Tratóse luego de aligerar las ataduras para conducir á los prisioneros al río: cada uno de ellos, que llevaba un collar de hilo de nuez de coco, fué colocado entre dos elefantes domésticos, también provistos de fuertes collares, y se ataron los tres animales juntos. Durante la operación, uno de los domésticos separaba del brazo de su jinete, con su trompa, la del cautivo, que oponía resistencia; luego se le quitaron los lazos de los piés y se le condujo al río para bañarse. Al regresar al bosque se le ató á un árbol, dejándole bajo la custodia de un hombre, encargado de alimentarle.

»No es difícil domar al elefante: al cabo de tres días comienza á comer bien, y se le da entonces por compañero un individuo doméstico. Dos hombres le acarician el lomo, hablándole con dulzura: al principio está furioso, y golpea en todas partes con su trompa; pero allí hay algunos hombres que le oponen la punta de sus picas, hasta que dicho órgano recibe tantas heridas, que el animal no se sirve ya de ella como arma ofensiva, aprendiendo además á temer el poderío del hombre. Los elefantes domésticos contribuyen entonces á perfeccionar la enseñanza, y á las tres semanas se consigue que se eche el agua apenas ve el extremo de la varilla de hierro con que se le ha pegado tantas veces.

»Difícil es curar las heridas que hacen las cuerdas más suaves en el pié del paquidermo; la supuración de las llagas persiste mucho tiempo, y sucede á menudo que hasta pasados algunos años no permanece tranquilo el elefante cuando se le toca el pié.

»Parece que la talla no influye en la duración de la enseñanza; pero es mucho más difícil adiestrar á los machos que á las hembras. Los que resisten más al principio son los que se doman mejor y más fácilmente, y suelen ser mansos y dóciles; mas tiempo se necesita para dominar á los que son falsos ó ariscos, y rara vez se puede uno fiar de ellos. De todos modos no se debe tener completa confianza en un elefante, pues los más mansos se dejan llevar á veces de accesos de furor y se muestran coléricos y vengativos después de algunos años de obediencia.

»Al cabo de dos meses, por término medio, es ya inútil la presencia de los individuos domésticos, y puede el hombre montar sobre el animal. A los tres ó cuatro, se comienza á

utilizarle para trabajar; pero no debe uno adelantarse mucho, pues ha sucedido con frecuencia que un elefante de mucho valor, cargado por la primera vez, se echase para morir, «roto el corazón y sin que sepamos la causa,» según dicen los indígenas.»

Según refiere Melchior, aprécianse en la India los elefantes machos más que las hembras, porque estas, careciendo de colmillos, no pueden emplearse sino como animales de tiro, mientras que los machos sirven también para levantar y conducir pesadas cargas. Además de esto, el precio varía según la enseñanza que el animal ha recibido, ó según las cualidades adquiridas. Las hembras adiestradas solo para trabajar cuestan muchas veces más de 720 francos; mientras que los

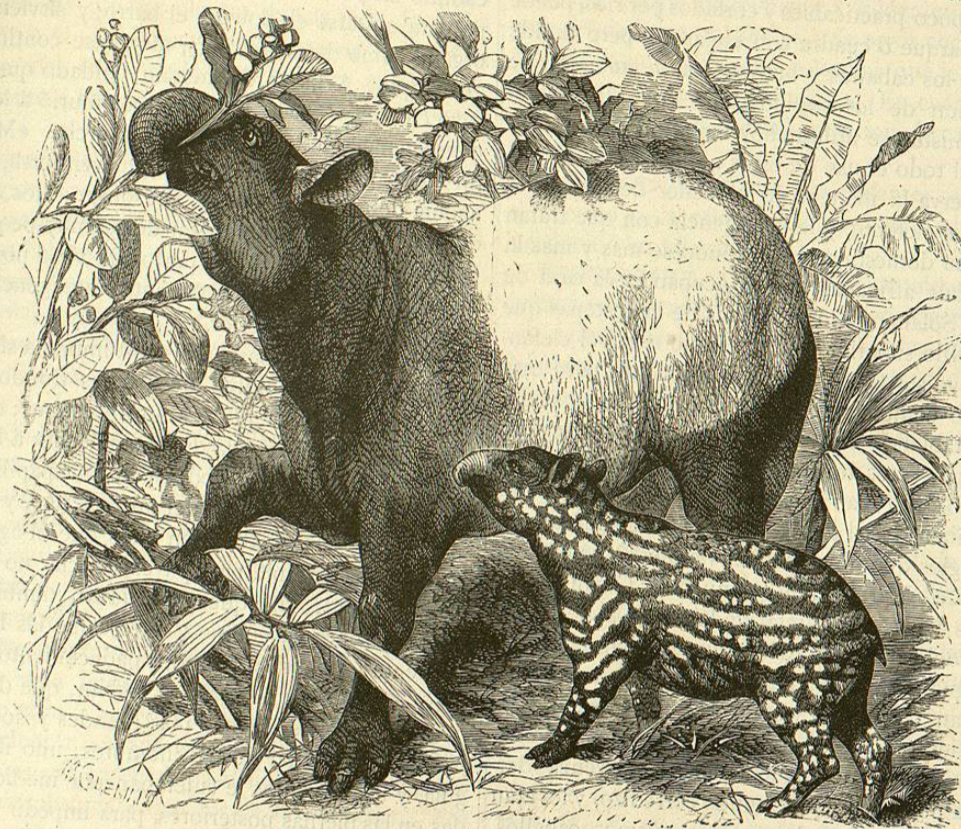


Fig. 290. — EL TAPIR DE LOMO BLANCO

machos buenos valen, según las circunstancias, el doble de esta cantidad, y más aun. Los indios niegan que los últimos, una vez domesticados, sean más malignos que las hembras: yo empero creo lo contrario.

Las observaciones de Tennent contradicen todo cuanto se ha dicho sobre que el elefante se acostumbra á un trabajo determinado y á una distribución regular del tiempo: este animal es tan poco sensible como el caballo.

Obedece á su amo tanto por cariño como por temor, y aunque esté acostumbrado á un jinete, no tarda en someterse á otro, siempre que se le trate bien. La voz de su conductor basta para guiarle: cuando dos elefantes deben hacer alguna cosa juntos, se armonizan fácilmente sus movimientos entonando un canto particular.

El elefante da la mayor prueba de obediencia al tragar por orden de su amo los horribles medicamentos usados por los curanderos de estos animales; y sometiéndose además á operaciones quirúrgicas muy dolorosas.

Quando se le utiliza como animal de carga, se le debe tratar con dulzura, porque su piel es muy sensible y supura fácilmente; los piés contraen muy pronto males que dejan al animal fuera de servicio durante varios meses. Es muy propenso á la inflamación de ojos, mas hay para esta enfermedad

curanderos muy hábiles, que habían alcanzado ya cierta reputación en tiempo de los griegos. Los elefantes salvajes y domésticos padecen también epizootias.

De los 240 individuos pertenecientes al gobierno de Ceilan, y que perecieron de 1831 á 1846, contábanse 138 en los cuales se indicó la duración de la cautividad. En el primer año de su servidumbre murieron 72, 29 machos y 43 hembras; al siguiente 5 de los primeros y 9 de las segundas; y el que más vivió fué una hembra que había servido durante veinte años. De los 72 que sucumbieron en el primer año, 38 dejaron de existir á los seis primeros meses, y los más sin causa conocida; echábanse y quedaban sin vida poco después. Parece que los baños regulares son muy saludables para ellos, observándose también que les complace tener los piés en agua ó en tierra húmeda.

Algunos ejemplos tienden á confirmar la antigua creencia de que los elefantes podían vivir de 200 á 300 años; se ha visto en Ceilan uno que estuvo cautivo 140; pero ahora no se admite para la duración de su vida sino unos 70 años, por término medio.

La creencia de que los elefantes llegan á una edad tan avanzada proviene de que no se encuentran casi nunca sus cadáveres en los bosques, y apenas se ve alguno después de

haberse declarado entre ellos una epizootia. Cierta europeo que pasó treinta y seis años en los juncales para observar á los elefantes, aseguraba haber visto miles de ellos vivos, sin que encontrase jamás sino los esqueletos ó cadáveres de los que habian sucumbido á una enfermedad. Semejante observacion, sin embargo, no se puede aplicar mas que á los elefantes de Ceilan: en cuanto á los de Africa, encuéntrase á menudo las osamentas en los bosques. Los cingaleses creen que las manadas entierran sus muertos, y añaden además que cuando el elefante siente aproximarse su fin, se retira á un valle desierto de las montañas, situado al este del Pico de Adam, donde hay un lago de limpias y cristalinas aguas.

En los parajes donde no hay cultivo y solo atraviesan los bosques senderos poco practicables y cortados por rios, puede ser útil tener un parque ó cuadra con elefantes; pero donde puedan emplearse los caballos y bueyes como animales de tiro, la conservacion de los paquidermos seria demasiado costosa, y por lo mismo se utilizan hoy muy poco, cuando no está suprimido del todo el uso de estos animales.

Quando se observa la manera de proceder de los indios para apoderarse del elefante, y la inteligencia con que tratan á este animal en su domesticacion, reconócese mas y mas la torpeza de las tribus africanas que se ocupan en la caza de este paquidermo. Solamente los nómadas de las estepas que habitan entre el Nilo superior y el mar Rojo cazan el elefante, al menos que yo sepa, con alguna regularidad; pero esto se debe al difunto comerciante Casanova, quien aconsejó á los indígenas, entablando con ellos relaciones comerciales, mantenidas aun por otros traficantes de animales. En 1861 Casanova condujo á Europa varios elefantes vivos, á los cuales siguieron otros muchos casi todos los años, debiendo advertirse que hacia siglos que no se habian visto estos colosos en nuestro continente. Marno, que acompañó á Casanova en uno de sus viajes á Kassala, capital de las estepas de Taka, situada á orillas del rio Sudit, refiere que los habitantes de las estepas persiguen tan solo á los elefantes pequeños, de los cuales se apoderan matando á las madres de la manera arriba indicada. Mientras los cazadores mas intrépidos dan caza á los adultos, otros tratan de apoderarse de los jóvenes; derribanlos en tierra por medio de un nudo corredizo, y les atan despues las piernas. Los cazadores, y los mismos caballos, vuelven al pueblo rendidos de fatiga, necesitando unos y otros despues de cada cacería un prolongado reposo. Segun afirma Marno, ni aun los elefantes jóvenes se pueden coger sin grandes dificultades, tanto por su resistencia antes y despues de la captura, como por el trabajo que ocasiona su transporte y la alimentacion. Heuglin pretende que un elefante pequeño sigue dócilmente al cazador cuando este humedece la punta de la trompa con su propio sudor; pero segun parece, en los países del Atbara los indígenas no saben nada de esto, puesto que allí apelan siempre á la fuerza. Para conducir los jóvenes elefantes necesitanse varios hombres, que hacen cortas jornadas hasta llegar al punto donde se halla el traficante; es preciso además que les acompañe continuamente un rebaño de cabras, para dar leche á los cautivos. Los elefantes prisioneros profesan un odio profundo á los indígenas á causa del mal trato que de ellos reciben; apenas ven uno, enderezan sus enormes orejas, y si se acerca á ellos, mugen y se enfurecen; mientras que se encariñan pronto con el europeo, tanto mas fácilmente cuanto mayor es la bondad con que este los trata. Al principio tambien tratan de herir al europeo con los colmillos ó la trompa, pero se familiarizan muy pronto con un guardian prudente; entonces son los animales mas benignos que imaginarse pueda; y por sus grotescas costumbres granjéanse las simpatias de todo el mundo. Los castigos mercedos ó necesarios los vuelven tímidos, y en este caso la

domesticacion se retarda en vez de acelerarse. Cuando estos animales sufren un mal tratamiento, lloran lo mismo que un hombre atormentado. Muy considerable es el número de los que sucumben en los primeros días de la cautividad, bien á consecuencia del rudo tratamiento ó de las fatigas del viaje, bien á causa del cambio de régimen alimenticio; muchos perecen de resultas de las llagas que producen las cuerdas, y hay tambien casos en que mueren sin causa conocida; sin duda les mata el dolor por la pérdida de la madre ó de la libertad.

Schweinfurth nos habla de las costumbres de uno de estos jóvenes paquidermos, que cogido del modo ya indicado, obtuvo como regalo. «Conmovedora era, dice aquel autor, la docilidad del pequeño elefante; cada vez que hallaba en el camino un pozo ó un estanque, solia llenar de agua la trompa para quitarse el polvo y el barro; y sirviéndose de aquel órgano como de una manga, mojábale continuamente todo el cuerpo.» A pesar del mucho cuidado que Schweinfurth tuvo con su pequeño elefante, este murió á los pocos días á consecuencia de las fatigas de la marcha. «Me conmovió de un modo extraordinario, dice Schweinfurth, contemplar la agonía de aquel coloso. El que observe los ojos de este paquidermo notará que, á pesar de ser muy pequeños y de que todos los elefantes son ya cortos de vista por naturaleza, su mirada revela no obstante tanta inteligencia como la del cuadrúpedo mas superior.»

Marno dice que Casanova acostumbraba siempre á colocar sus cautivos á la sombra de árboles frondosos, ó bien los preservaba del calor por medio de esteras; daba de beber á los pequeños una mezcla de agua y leche; á los grandes agua sola, y alimentábalos á todos con una papilla de harina de durrah, mazorcas tiernas del mismo trigo, y ramas de diversos árboles. Observábase en ellos que el agua era absolutamente indispensable para su existencia: no solo bebían una gran cantidad, sino que necesitaban tambien mucha para arrojarla sobre su cuerpo y refrescarse las heridas, que visiblemente les causaban agudos padecimientos.

En el viaje de Kassala á Suakim, que duró varias semanas, los elefantes jóvenes mas grandes y dóciles iban acompañados cada cual de tres hombres; uno iba delante como guía, y los otros dos le sujetaban por medio de cuerdas atadas en las piernas posteriores, para impedir toda tentativa de fuga. Sin embargo, los dóciles paquidermos, lejos de pensar en tal cosa, seguían á su conductor como las ovejas á los pastores, excepto cuando los espantaban. No por esto habian perdido aun su aversion á los árabes, pues en cierta ocasion atacaron á uno de ellos, y probablemente le hubieran destruido, á no mediar oportunamente el auxilio de un europeo. Al ver á este, el furioso animal se mostró de nuevo dócil y manso como siempre. Muchas mas dificultades ofrecieron los pequeños elefantes; habíanlos acostumbrado desde el principio á caminar juntos, uno al lado del otro, y á causa de esto reñían y golpeábanse continuamente, profiriendo roncros mugidos; en el campamento no querían tampoco separarse, cuando esto era preciso para evitar que se enredasen las cuerdas; en tal caso emprendían la fuga, no solo arrastrando al conductor á través de las malezas y espinos, sino excitando tambien á sus compañeros á seguirlos, puesto que siempre solían ir uno tras otro. Varias veces rompieron algunos individuos sus ligaduras, pero nunca se alejaron mucho de sus compañeros. Una hembra pequeña, á la cual se podía dejar del todo libre, acercábase sucesivamente á todos los demás cautivos para tomar parte de su pienso; los mas pequeños no oponían resistencia; pero los mayores la rechazaban bruscamente. Solo con una hembra mayor habia trabado una amistad íntima; bebía y comía con ella; estaba casi siempre á su lado y tambien solían dormir juntas. Casi

todos los pequeños tenían la costumbre de chupar las orejas de sus compañeros, ó la ropa y las manos de los conductores. Las jornadas eran por lo regular de cinco á siete horas; caminábase por la mañana y la tarde y se descansaba durante la fuerza del calor; antes de proseguir la marcha dábale de comer y beber á los elefantes y se les mojaba con agua. En los días de gran calor, estos animales se refrescaban abanicándose con sus grandes orejas durante la marcha y arrojándose sobre el cuerpo el agua bebida, que hacían subir del estómago á la boca y despues á la trompa. Este órgano estaba siempre en continuo movimiento; cuando los cautivos no se arrojaban el agua, llenábanse de arena ó se rodeaban de una espesa nube de polvo. Sufrian tanto por el calor como por las marchas sobre un suelo ardiente y pedregoso, que lastimaba mucho las gruesas plantas de sus pies. Improbable era siempre el embarque ó desembarque en canoas, buques ó trenes del ferro-carril; pero tambien se acostumbraron muy pronto á esto, á pesar del espanto que al principio les causó.

De las observaciones de Marno y otros viajeros hechas en jardines zoológicos, resulta que tambien el fiñl podría domesticarse como su congénere indio; y sin duda seria de gran utilidad para los habitantes de su patria, que carecen mucho de animales útiles. Es verdad que no se sabe aun si prestaría los mismos servicios; los antiguos lo niegan, y la impresion que el animal produce en el observador no desmiente esta opinion. Segun refieren Plinio, Livio, Estrabon y otros autores romanos, los elefantes indios eran, en cuanto á fuerza y valor, muy superiores á los africanos; Hartmann dice, que en la batalla de Rafia (217 antes de J.-C.) en la que Tolomeo Filopator combatió á Antioco, los 73 elefantes africanos del rey egipcio tuvieron que retirarse vergonzosamente ante los 102 del adversario sirio. Pero tambien sabemos, tanto por los romanos como por nuestros domadores de fieras, que el fiñl puede adiestrarse al menos en el grado que lo permiten sus facultades. No tiene tanta inteligencia como su congénere indio; pero seria injusto deducir de ello, que este animal no es propio para la enseñanza. Sin embargo, se le debe tratar con la prudencia con que los indios tratan á los suyos, y seguramente prestaría entonces bastantes servicios, aunque no fueran tan asombrosos como los de su congénere. Por ahora no piensa nadie aun en utilizar las fuerzas del fiñl que tendrían un valor inapreciable en el interior del Africa: los europeos que allí viven son demasiado egoistas; los indígenas demasiado rudos; y hé aquí porqué nadie quiere gastar el tiempo y la paciencia que para la domesticacion de estos elefantes se necesita.

**CAUTIVIDAD.**—En nuestros jardines zoológicos, el elefante africano resiste tan bien la cautividad como el indio, aunque las condiciones correspondan poco á sus necesidades naturales; así, por ejemplo, allí le falta el espacio para moverse libremente y un estanque capaz para bañarse; en su reducida prision debe limitarse á mover tan solo los pies y á mojarse alguna que otra vez con ayuda de la trompa. Ambas especies son por lo regular muy dóciles y mansas; pero hay casos en que olvidan todas las consideraciones para con su guardian, y entonces pueden volverse muy peligrosos. Durante la época del celo excítanse siempre en alto grado y es preciso que el guardian tenga entonces mucha prevision. Segun las observaciones hechas hasta ahora, los machos son mas temibles que las hembras, aunque tambien estas pueden llegar á ser á veces muy rencorosas y malignas. Todo elefante agradece un tratamiento cariñoso y maniféstalo así; en la mayoría de casos perdona á la persona que le provoca ó maltrata, pero no siempre. Sin embargo, pocas veces ocasiona desgracias, y por eso es menos temible que muchos ru-

miantes malignos, como por ejemplo, los búfalos, los ciervos grandes y los antilopes mas corpulentos.

Cada observador se percibe muy pronto del gran desarrollo de los sentidos del elefante, de su astucia é inteligencia y de su docilidad. Aprende casi jugando y ejecuta voluntariamente toda clase de trabajos que se le enseñan; y hé aquí porqué este paquidermo es uno de los animales que comunican mas atractivo á los colecciones ambulantes de animales, y el que ocupa en los jardines zoológicos un lugar preferente á los ojos del público.

La cantidad de alimento que necesita uno de estos animales es bastante considerable: segun Schmidt, el elefante del Jardin zoológico de Francfort, que tiene unos quince años de edad, recibe diariamente 8 kilogramos de salvado, 5 de pan, 18 de heno, y además 3 de arroz cocido un día sí y otro no, sin contar todas las golosinas que le da el público, tal como pan, remolacha, frutas, etc. En cuanto á la bebida, todos los días apura, segun la estacion, de catorce á diez y ocho cubos de agua.

**REPRODUCCION.**—Los elefantes se aparean bastante á menudo en la cautividad; pero hasta ahora no se han reproducido en tal estado.

**ENFERMEDADES.**—Estos paquidermos se hallan sujetos á varias enfermedades, y á consecuencia de ellas, ó por accidentes casuales, sucumben muchas veces súbitamente. Ni los veterinarios conocen la enfermedad, ni es fácil evitar los percances funestos. Poco efecto produce en estos paquidermos la dosis ordinaria de medicamento, segun lo prueba el ejemplo siguiente: A un elefante que no podía hacer sus deposiciones, diéronle en el espacio de diez días cuatro libras de áloe, una libra y cinco onzas de calomelanos, cinco libras de aceite de ricino, doce de manteca de vaca y cinco de aceite de linaza, lo cual produjo al fin el efecto apetecido. Entre las desgracias no cuento la de haberse estrangulado á un elefante al querer levantarlo del suelo donde estaba echado, como ha ocurrido en un jardin zoológico de Alemania; pero si el hecho de perecer uno de estos paquidermos por habersele atragantado una remolacha. Tambien se ha dado el caso de que un traficante de animales, como sucedió á Hagenbek, perdiere tres elefantes pequeños á consecuencia de haberles devorado las ratas las plantas de los pies.

**USOS Y PRODUCTOS.**—La carne del elefante tiene el sabor de la del buey, pero es mucho mas dura; la grasa, de color gris blanquizo, presenta en estado líquido unos granos algo grandes y bastos, formando ya á los 20° R una masa bastante espesa. Heuglin, que ha comido esta carne, tanto fresca como seca, dice que es sabrosa. El pedazo de una pierna anterior, cocido durante veinticuatro horas, dió un caldo muy bueno, y tambien una carne bastante sustancial. Tennent hace elogios de la lengua: á Corse le ha gustado mucho la trompa asada en el rescoldo. Los negros cortan todos los músculos en largas tiras, las cuales secan al sol ó sobre el fuego; despues las pulverizan y mezclan en tal estado con la comida. En las cacerías de los nyam-nyam se matan á veces tantos elefantes, que varios pueblos obtienen provision de carne para muchos meses. «Con frecuencia he visto, dice Schweinfurth, indígenas cargados con un haz que me pareció ser de ramas secas para combustible, y que no era otra cosa sino carne de elefante, que cortada en largas tiras y secada al fuego, tenia completamente el aspecto de aquellas.»

La mayor parte del marfil que circula en el comercio procede de Africa: en segunda línea figura el de Siberia, que es el fósil; de la India es de donde se exporta la menor cantidad. Los negros que habitan las márgenes de la corriente superior del Nilo, entregan todos los años al comercio una gran porcion de esta materia preciosa, cuyo precio va siempre en au-